

Manuel González Calzada

A Esas Horas y...

Red. Nacional de Bibliotecas Públicas

54M
556
CONACULTA, DGB

Editorial Regina de los Angeles, S. A.

México, D. F., 1976

**A esas
horas y...**

FT
864M
6656
NT 21697

Es propiedad del autor

Obra conmemorativa del
19 de mayo de 1976, por
los 60 años de mi espo-
sa Alicia Molina Ibarra.

A Esas Horas

En los linderos de la vigilia y el sueño nos visitan personas, cosas y términos raros; nos suceden percances asaz inesperados, y por tales sorprendentes, como el de precipitarnos en abismos a los que nunca llegamos —por buena fortuna— pero donde nos mortifican los consabidos brinco y susto estremecedores.

Por su parte, los personajes son fenomenales, confusos, entretejidos como en una telaraña, y no están registrados en la memoria; no evocan nada de nosotros ni, por supuesto, preparan ni predicen; son simplemente intrusos, inesperados.

A medida que el tiempo atropella nuestra humanidad, las visitas son más frecuentes; personajes, cosas y términos aumentan lo indefinido de su identidad, acrecientan su sinrazón, sobre todo cuando por su influjo, inexplica-

ble, nos obligan a rectificar nuestra intención de saltar la barda tras de la cual está el sueño con toda su placentera inconsciencia, en el sutilísimo instante en que nos disponíamos a hacerlo.

¿Quién es Luinaraizajunio, quién Almaesusbullas? ¿Personajes de Rómulo Gallegos? Ambos podrían serlo; pero también oriundos de Tabasco, Centroamérica, algún lugar caribeño, Sudamérica. En todos estos sitios la picaresca española se transformó con la intervención de lo auténtico hasta lograr nuevo, inconfundible sello local; de ahí que a mí, tabasqueño, no me parezcan “pajueganos” típicos.

En ese mundo intermedio de que hablaba no dan a uno lugar a regir el pensamiento, a ubicar la consciencia del instante; uno y otra funcionan gobernados por energías y voliciones ocultas por su propia misteriosa extracción; el hombre no puede, pues, relacionar tales visitas con su consciencia de lo vital. De mí no puedo afirmar que Lui-

8

naraizajunio y Almaesusbullas tengan algo que ver con Pahuelelo y Tresquinze, por ejemplo, personajes tabasqueños de quienes he tenido referencias en épocas distintas y que, a su vez, no están relacionados entre sí. Entonces. ¿de dónde vinieron, por qué vinieron esos señores a mí?

Si en vez de Luinaraizajunio y Almaesusbullas me hubiesen visitado Tito Tripa y Pico Fino, sí que hubiera captado una relación con Pahuelelo y Tresquinze; porque aquéllos también son de Tabasco. Mas ¿qué andan haciendo conmigo dos tipos que debieran haber visitado a Rómulo Gallegos? Yo creo que como el gran novelista venezolano ya no escribe, por razones de su avanzada edad, buscaron a otro que pudiera darlos a conocer, así fuera—como reconozco desde luego— con menor categoría en léxico y ubicación. Porque conmigo dieron mal viaje; yo no soy de los que se sientan cuatro o seis meses a perfeccionar una novela, lamerla, relamerla y retocarla, hasta lograr lo que creen ser una obra de arte. Si Luinaraiza-

junio y Almaesusbullas creyeron que yo los entregaría al público en bandeja de plata. ¡qué equivocada se dieron! Aquí queden, en esta humilde redoma, tosca, basta y roma, de mis tabasqueños lares, ni siquiera coloreada alegremente, como las de Michoacán y Chiapas. ¡Qué chasco! Pobres, pretendieron llegar a personajes, pero equivocaron el camino.

Esto sucedió hace algunos días, al amanecer, cuando venía yo de allá y aún no terminaba el viaje de regreso; aparecieron unos segundos antes de la meta, y como excepción a mi costumbre de no hacer caso apunté sus nombres. Estoy seguro de que antes no había soñado con nada ni con nadie, o sea que no pertenecen a ningún rescoldo fenomenal del sueño. Hoy en la madrugada, en la madrugada, al regresar de allá; impulsado por el deseo de un café, sabroso como yo mismo lo hago en mi cafetera italiana, —que tanto quiero desde hace diez años— se me apareció Pantaleón Tovar.

9

¿Y éste, me dije, de dónde viene, a qué viene, por qué viene? Acaso se haya escapado de un programa de televisión, en el momento que rugía su nombre alguno de los miles disfrazados de charros que ahí abundan; acaso, empavorecido por el mal gusto con que estaban saturándolo, huyó sin rumbo y trató de esconderse donde primero se le ocurrió, después de haber traspuesto la ventana que el azar atravesó en la ruta de su estampida. Yo serví de refugio; es todo lo que se me ocurre decir para tratar de explicar a mí mismo el fenómeno.

Pero, ¿si fuera un personaje de la Revolución, en vez de un héroe de canción engendrada por encargo de fabricantes de un bebedizo embotellado? Estaría yo entonces cometiendo un sacrilegio social —valga la contradicción. Tal vez no recuerde bien; yo he paseado multitud de veces por todos los campos de la Revolución Mexicana, he charlado con sus personajes importantes, acudido a los hechos fundamentales que la crearon, la estimularon y la hicieron triunfar, y no recuerdo a más

Pantaleón que aquel a quien fue a buscar Guadalupe la Chinaca en su inaplacable cuaco.

Sin embargo de esto, a Pantaleón Tovar lo siento afín a mí; lo oigo sonar interiormente cual una evocación; mas estorban lograr su identidad el ruido de los disparos, los gritos y las imprecaciones, toques de corneta y relinchos de caballos. No me importa en este caso mi impotencia; Pantaleón Tovar pudo haber sembrado su revolucionaria sangre confundida con una semilla de trigo en Sinaloa, junto a una cepa de caña en Tamaulipas o en la húmeda tierra cacaotera de la Chontalpa, en Tabasco, y en alarde metapsíquico vagabundo llegar al grupo fantasmal que a esas horas del no sé qué acostumbra meterse en lo que no le importa.

Sueño Número Uno

La selva era nutrida, no obstante lo cual el Sol la perforaba y mantenía la tierra tapizada de hojarasca; privaban los arbustos de cuanta clase hincó ahí la mano de la Naturaleza. El calor, tanto más sofocante y molesto cuanto más evaporaba la humedad, que subía colándose por entre las hojas muertas y tostadas.

Yo caminaba con lentitud, la sofocación no me permitía más velocidad; sudaba todo en mí, hasta los huesos, hasta el entendimiento. No podía organizar mi mente, todo se me agolpaba confuso, tanto que trastornaba mi vista y estorbaba su alcance; a menos de cincuenta metros todo me parecía indefinido, entrelazados árboles, luz,

sombra, como una valla esférica que giraba alejándose a medida que yo avanzaba. Busqué una explicación; sólo hallé la del calor reverberante de la hora, en que hasta los pájaros ponen a descansar su alegría en la sombra, para recuperar inspiración y ordenar sus partituras destinadas al concierto de otro amanecer.

Un sonido suave, largo, un “pssss” misterioso llamó mi atención. ¿Quién llamaría a esa hora, en aquel lugar? Me detuve un momento, pero la indiferencia empujó mi humanidad hacia adelante; más deseaba salir de ahí, al campo abierto, donde tal vez habría una casa en que apagaría mi sed y dejaría mi cansancio en una silla, que ponerme a investigar sobre un supuesto compañero de viaje. “Psssssssss”; ahora fue más prolongado; me detuve, volví a secarme el sudor de la cara con la falda de mi camisa, hecho lo cual miré a todos lados; traté de perforar la selva hasta donde la vista alcanzara, pero la confusión volvió a derrotarme.

11

Otra vez el llamado, más cerca de mí. El cansancio y la modorra me vencieron, salí de la vereda y me senté bajo la débil sombra de un guayabo raquítico. Un mareo leve me aturdió, pero otro “pssss” me abrió nuevamente los ojos; estaba muy cerca, junto a mí. Era un hombrecillo cuya estatura acaso no rebasaría el metro; vestía como cualquier campesino de la región y se cubría la cabeza con un sombrero de copa baja y alas muy anchas, típico de palma del rumbo.

—No te asustes —me dijo sonriente.

—No estoy asustado, repuse. Nunca he pensado que un hombre chaparro sea cosa de otro mundo. Es que el cansancio y el calor no me dejan ver ni el camino.

—No te preocupes; a pocos pasos está la salida; no te has equivocado. Y apenas llegues a ella verás a menos de un kilómetro, dentro de la sabana, una casa; es la finca de los Priego, allí podrás descansar y tomar algo;

ellos son muy hospitalarios. Los conozco desde que llegó el bisabuelo, fundador de esa hacienda; vivo en este rumbo desde hace muchos años.

Mientras aquel hombrecito hablaba, pude observarle cuidadosamente, pero no fue mucho lo que saqué de tal observación. ¿Qué edad tendría? A pesar de estar junto a mí, todo él parecía indefinido; veía yo el volumen, pero no sus rasgos; su voz, de hombre maduro, era todo lo que podía servirme para aventurar una identificación. Vino a mi mente una idea, como algo intruso que llegó apartando las confusiones para mostrarse con claridad plena:

—Tú eres el Duende —le dije con temor y desconfianza mezclados.

—Por eso te advertí que no fueras a asustarte; pensé que alguna referencia tendrías de mí que te desequilibraría al verme.

12

La cordialidad de su expresión me tranquilizó; pero no me explicaba por qué se me había mostrado. Las consejas que conocía sobre su existencia y su costumbre se rompieron al verlo allí conmigo, en diálogo tranquilo, amigable.

—Pero yo sé —le dije— que tú no te muestras a los hombres, sino que te dedicas a perderlos en el bosque. Siempre oí decir que proteges a las mujeres, pero odias a los hombres.

—No hay tal cosa; los hombres y las mujeres se pierden porque cuando me oyen buscan lo que no existe, menos a mí, que sí existo. Además, no soy el único en el bosque; como yo hay miles aquí y en muchas leguas a la redonda; ninguno de nosotros tiene la culpa de que los hombres hayan tejido consejas en torno a su imaginación; no son otra cosa las consejas; imaginación y nada más, hija legítima del miedo.

—Si hay muchos como tú ¿cómo nadie les había visto hasta ahora? Lo que he oído contar acerca de ti es hipotético; unos dicen que te han visto de espaldas, pero cuando sientes la presencia de un extraño desapareces rápidamente tras un árbol, en un recodo del camino, en la maraña de la selva.

—Todo es puro cuento. No saber quién soy es el origen. Lo sé muy bien, y no ha faltado por ahí quien me relacione con la Xtabay, esa mujer maya bellísima que se sienta al pie de las ceibas al caer el Sol y peina suavemente sus cabellos a la fresca de la tarde, para seducir a los caminantes que se le aproximen atraídos por su esplendorosa figura. Tampoco ha faltado quien me confunda con los Aluxob, hombrecillos mayas que cuidan los pueblos y los defienden contra sus enemigos. Sé de un marinero noruego que me identificó con “El Hombrecillo del Bote”, una leyenda de su tierra, porque la relacionó con la de mi origen; según se dice, yo pierdo a los hombres; “el hombrecillo del bote” también los pierde;

13

hay una diferencia entre él y yo: allá se pierden en el mar, acá, en la selva. Todo es lo mismo.

Yo estaba sorprendido; hasta sentí rencor contra él, que sabía tantas cosas en torno de su persona, no obstante no salir nunca de sus escondrijos; me quedé pensando, para ordenarme por dentro. Se me ocurrió preguntarle.

—¿Cómo sabes tú esas cosas? Se supone que vives en la selva y nunca sales de ella; que te alimentas de frutas, hojas y agua de las lagunas, los ríos y arroyos; ni siquiera gozas del fresco de la sabana, vives con la obsesión de cazar hombres solitarios para perderlos, caminas durante el día y descansas por la noche; sólo en esto te pareces al común de nosotros.

—Es parte de la conseja, mi querido amigo; la imaginación humana, ya te lo dije. Voy a explicarte de dónde ha venido esa historieta; si eres un poco perspicaz, te darás cuenta de que el eje de tanto chisme es el famoso

cargo de que los hombres se pierden. En el caso mío, ¿no es posible que el calor, el cansancio y la sed hagan caer a un hombre en la selva, morir de insolación y ser luego devorado por los zopilotes, por ejemplo? Y en el caso de "el hombrecillo del bote", ¿es, acaso, imposible que un golpe de mar vuelque una embarcación pequeña y ahogue al navegante solitario, de cuyos huesos y carne se encargarían después los tiburones? Tantos casos han pasado al través de los siglos, que los hombres ya deberían haberse lo explicado; pero continúan echándonos la culpa, como si en la selva solamente pudiera morirse una persona mediante nuestra maldad, que, además, no conocemos; la maldad es estrictamente humana. Tú mismo pudiste haber muerto ahora, si no hubieras estado como estabas y te hubieses propuesto averiguar quién te llamaba. Acaso nosotros tengamos alguna culpa, pero no hemos venido al mundo a dañar; si nuestro canto confunde a los humanos, culpa es de ellos, por curiosos.

Hablaba el enano con tal tranquilidad, con acento tan firme y convincente, que yo me sentí como su viejo amigo; como si desde que emprendí la marcha por el bosque me hubiese acompañado y nuestra conversación fuese la misma de todo el camino. Sólo faltaba destapar la cantimplora y tomar un trago de refuerzo para continuar la marcha. Pero ni él ni yo teníamos cantimplora ni nada que se le pareciera.

—Bueno —dije—, si me permites, continuaré mi camino; te agradezco la breve compañía y lo interesante de tu plática.

—No te vayas aún; no he terminado. Tu tranquilidad será mayor si me escuchas; hay más que hablar.

—Te escucharé —repuse.

—Todos esos cuentos a que me refiero y que tú y los demás pobladores de estos rumbos transmiten cada y

cuando se les da la ocasión, son resabios de los antiguos mayas y su teogonía. ¿No has oído decir que donde hay una ceiba espantan por la noche?

—Sí, es verdad; en todos los sitios de esta zona se dice lo mismo.

—Ya ves; la misma cosa de la Xtabay, sólo que por aquí se quedó esta leyenda en forma muy vaga; se debe a que los mayas abandonaron estas tierras, que otros vinieron a poblar; de ahí que se desvaneciera la conseja y sólo quedara un “aquí espantan”, pero nadie sabe explicar por qué. El caso de los Aluxob es igual; me confunden con ellos por referencias de la estatura. Mas lo cierto es que no somos más que una idea; ignoro si a ellos los haya visto alguien al paso de los siglos, pero a mí, tú eres el primero que me ve, puedo asegurártelo:

—¿Por qué te gusté para mostrarte, tengo algo especial de tu preferencia?

15

—No, precisamente; fue que al verte consideré que ya era tiempo de acabar con el chisme del Duende, la Xtabay, los Aluxob, y hasta con el famoso “Hombrecillo del Bote”, ese de los noruegos y los irlandeses; porque parece que éstos también creen en él.

—¿Conoces tú bien la leyenda?

—¡Cómo no he de conocerla! El cuento es que cuando un hombre se interna solo en el mar, de repente ve frente a él sentado un hombre diminuto, que supone una alucinación producida por la reverberación solar y el reflejo de la luz en el agua. El hombrecillo comienza a crecer y a crecer hasta un tamaño gigantesco, que por su peso hunde el bote y el navegante se ahoga. Por eso el noruego aquél lo relacionó conmigo; pero ¿tú crees que de ser cierto el paso de un hijo de Erick el Rojo por estos rumbos, el famoso Quetzalcóatl, tuvo tiempo de hablar del “hombrecillo del bote”, como para que desde entonces ande por aquí esa leyenda, ahora transformada

por los años y la tradición en este humilde y sudoroso duende?

—¿Por qué no habría de ser posible?

—Pues porque no lejos de aquí está el mar; tendría que continuar la leyenda de “el hombrecillo del bote”, no la de un pobre enano deambulante de la selva. Me precio de que me hayan dejado tranquilo, sin colgarme más milagros de los que ya soporto; sólo me falta que un semita diga que soy el “Judío Errante”; el tal Mateo Batadíos no existió más de el Duende o la Xtabay.

—¿Y los Aluxob? —Pregunté, deseoso de saber.

—Orto cuento, amigo, otro cuento.

—Es que yo he visto en varios pueblos mayas, en sus afueras, cruces de madera con muchas piedras a sus pies

y he oído decir que las usan los Aluxob para echar de ahí a los enemigos.

—Esas piedras siempre están allí, son meros símbolos de una creencia; las ponen los pobladores indígenas, que ya no saben en quién creer. Así como ellos confunden los mitos de sus antepasados con las tradiciones católicas, los historiadores han confundido a Erick el Rojo con el apóstol Santo Tomás. Ni el uno ni el otro vinieron jamás a estas tierras; si eres curioso de la historia, busca las referencias; encontrarás que Erick se rompió una pierna cuando trató de embarcar con sus hijos, por eso no pisó nunca tierra firme de América.

La sorpresa me tenía apabullado; ¿quién era aquel hombre que tanto sabía? Indudablemente tenía un origen, no era de otro mundo; yo jamás he creído en lo improbable, hasta donde se me da juzgar. Tomé de nuevo la falda de mi camisa para secarme la cara, me restregué bien los ojos para aclarar la vista; cuando ter-

miné, volví a ver al hombre a mi lado; su mirada era amistosa, sonreía discretamente, como adivinando el estado de mi ánimo. La paz de la selva nos envolvía, ni el estallido de una yema la interrumpía, como es común.

—¿Oyes el silencio? —Preguntó.

—Asentí con la cabeza.

—Es el mismo de siempre, si no lo interrumpimos nosotros; cuando descansan los pájaros, cuando el tigre, el venado, el armadillo, las serpientes y los hombres descansan; entonces, lo interrumpimos nosotros, no con la idea de que se pierdan los hombres, sino porque el ruido del silencio nos molesta; además, sólo en estas condiciones podemos conversar, porque nuestra voz es débil; conversamos a distancia, no tenemos fuerzas para caminar y reunirnos; somos endebles, nuestra vida es efímera.

Dijo esto y se incorporó; dio un salto hacia el árbol

17

más cercano, pero desapareció en el aire. De pronto, oí

—Psss, psss, psss.

Miré hacia arriba; era un gusano que apenas pude distinguir; su color era el mismo de la rama en que estaba posado.

Sueño Número Dos

—Cuarto número diez —dijo el empleado al entregar la llave—. En el primer piso, a la izquierda de la escalera.

—Gracias, dijo el nuevo huésped.

Comenzó Roberto a subir la escalera; suave, firme el paso en cada peldaño, que crujía bajo la presión y la edad. La habitación era como todas las de hoteles semejantes a ese: cama pobre y ropas pobres; buró hollado por colillas de cigarros, y algo que aspiraba a tocar: una silla pintada cuando nueva y una canasta destartada para la basura. Roberto no se fijó si había baño, pero sí lo había.

Abrió la cartera de mano, único equipaje; sacó papeles, una lapicera y, sobre la propia cartera en los muslos escribió: "No se culpe a nadie... No se investigue... Mi vida no... Yo decidí... Díganle a... Firmó, dobló el recado y lo depositó sobre el buró. Encendió un cigarro, aspiró el humo y luego fue soltándolo poco a poco, fija la mirada en él y siguiendo su trayecto hasta verlo desvanecerse. Otra fumada, la misma operación; estaba quieto, tranquilo; veía sus manos buscando síntomas de la nerviosidad desequilibrante característica de momentos como el que vivía; ni una muestra de ello; sentía tan natural su decisión, que ratificaba el convencimiento.

18

Otra fumada, inclinó la cabeza; metió una mano en la bolsa y comenzó a sacar lentamente el frasco de cápsulas; las puso en el buró; fue al baño por un vaso de agua. lo colocó junto a ellas y volvió a sentarse. El ruido de una sirena policiaca le llegó desde la calle y lo sacó de su enajenación. Volvió a pensar en algo diferente, en los resultados de lo que estaba por hacer.

"Son las dos de la tarde; dentro de otras tantas horas estaré muerto. Mañana, o pasado mañana, o no sé cuándo, descubrirán mi cadáver; la recamarera, el administrador, cualquiera avisará del hallazgo; vendrá la policía, unos tipos vestidos de azul y sin rasurar, con la ropa llena de lamparones, oliendo a enemigos del agua y el jabón, darán cuenta a sus superiores: 'un cadáver, mi jefe, unas cápsulas y un recado, parece suicidio'. Más tarde, dos o tres 'Giménez' un fotógrafo y cuatro o cinco periodistas; interrogatorios a la recamarera, al mozo, al empleado del mostrador y el consabido 'quedan arrestados para investigación'. Después, viaje en una camilla

dentro de la ambulancia y depósito en el anfiteatro, nombre que la misericordia ha puesto a las bodegas donde se depositan desperdicios humanos en espera de identificación, de la fosa común o la escuela de medicina, según el caso. Al día siguiente, si no hubo crimen o asalto digno del título principal, pues la noticia del suicida; yo, tendido en esta cama, como si estuviera durmiendo, en varias fotografías: de lado, boca arriba, como hayan querido los fotógrafos ganar su salario, al fin que el hambre no protesta.”

Se había acostado; cerró los ojos y viajó hasta su hogar; el colapso por la tragedia que siguió a la inquietud de su tardanza. Ni un peso para costear el sepelio; a las privaciones que los suyos habían pasado por su mala suerte, él agregaría otro problema con su suicidio. No; sería mejor que no lo identificaran. Se incorporó y fue hacia el baño; allí, dentro de la caja del inodoro echó sus tarjetas de visita, únicas que podrían servir para identificarlo.

Volvió a acostarse, sin que le abandonaran las meditaciones. Sus amigos; ¿sería posible que comprendieran su determinación? ¿Creerían, acaso, que la había tomado frente a la supuesta obstinación de la vida por golpearlo? Lo más probable sería que le llamaran loco, cobarde, débil, o quién sabe cuántas cosas injustas. Aquí retiró su pensamiento de los demás y lo situó en sí mismo. “¿Cobarde yo, que me he impuesto sobre las herencias y los ejemplos atávicos que juzgué inadecuados, desfavorables, a lo largo del camino que me propuse seguir en la vida? No; sería el colmo que la decisión de segar una existencia que sólo a mí pertenece, vida que he procurado mantener encuadrada en la dignidad, la honradez profesional, el decoro y la moral, más allá de mí sea juzgada con irreverencia, irrespetuosamente, por quienes la compartieron en alguna forma conmigo. No faltará quien juzgue inútil tanto esfuerzo —y tendrá razón—, para luego echarlo por la vergonzosa ventana del suicidio, cuando en mi estado de ánimo, en mi vida exterior, no mostraba mis angustias.” Y la idea del suicidio fue alejándose.

Comenzó a dormitar, superó la linde entre la vigilia y el sueño, con la tranquilidad que lo hace toda conciencia libre de mortificaciones mayores; el sueño deslizó la mano varias veces a todo lo largo de su cuerpo, como cuando se plancha una ropa, y lo dejó quieto, inmóvil, casi muerto, casi como él quería estar.

No abrió los ojos hacia adentro; ubicado en la oscuridad, oyó a un interlocutor espontáneo que lo increpaba.

—¿Quiéres suicidarte? ¡Ingenuo! No tienes valor para hacerlo; el valor tuyo es de otro tipo, no el del suicida. Tú eres valiente contra los obstáculos propios del vivir, no contra la vida misma; a ésta le temes, no te atreverías a destruirla, mucho menos en ti. Siempre te ha aterrorizado la idea de la muerte; ante ella has sido cobarde, has sentido pánico frente a la mera suposición de provocarla, de originarla. ¿Dónde, pues, hallarás capacidad para matarte? ¿No te conoces, después de tantos años que has vivido? Pareces un egoísta cualquiera, un ignorante que

20

supone a sus padecimientos como los únicos de la vida terrenal, cuando hay millones de seres que padecen más y sufren sus padecimientos pensando siempre en avasallarlos, en superarlos, constantes en pos de la tranquilidad, tras una oportunidad para modificar su derrotero vital.

Allá, en el fondo de lo inconsciente, Roberto se sintió avergonzado; sin despertar, se dio vuelta en la cama. No escapó, sin embargo, a la requisitoria, que parecía haber comenzado apenas.

—¿No te has dado cuenta —continuó la voz— de que tu condición es la misma de todos los hombres? Tú eres uno y doble a la vez; posees dos personalidades; el yo que te fue impuesto y el que deseaste para ti. El “ser” y el “querer ser”. Desde joven has luchado contra el primero, porque, como a muchos de tus semejantes, no te gusta; por esto has procurado estructurar el otro, el que juzgas conveniente, el que consideraste conformador

de la personalidad que buscabas tener. Atávicamente, eres violento, impulsivo, soberbio, capaz de destruir, de matar; conscientemente, eres tranquilo, calculador, noble; amas la vida y las virtudes ajenas, careces de rencores, reconoces las cualidades de tus amigos, justificas los errores y los defectos humanos, aceptas la vida con sus excepciones; condenas la violencia y la irresponsabilidad; de allí la lucha, las contrapartidas constantes en que te debatís. Esa lucha de dos tendencias, definitivamente opuestas, no está sólo en ti; hay muchos que la libran y están librán, dola ahora mismo. Pero no creas que hablo de dos vidas, como se dice comúnmente; sólo los farsanes tienen dos vidas; tú tienes contigo dos seres: uno, del que no has podido liberarte; otro, el que aún no has logrado, y que no lograrás totalmente, porque es una tarea interminable, su punto final es la muerte.

Vino Roberto a una especie de duermevela, donde el sueño y la realidad se confunden: lo despierto y lo dormido son mitades ser vivitales que se complementan mutua-

mente. Una especie de convencimiento inyectó a Roberto un sí es no es de tranquilidad; volvió a la penumbra y a la impotencia. La voz continuó:

—Ese yo impuesto contra el que estás luchando en este momento estalla esporádicamente, cuando las adversidades de toda índole se acumulan en ti; entonces, supera a tu “querer ser” y lo doblega, para adueñarse de ti, para ser él solo. Pero pasado el estallido ¿cómo te sientes? La vergüenza te hace reo, el arrepentimiento te enferma, la conciencia te tortura; ¡qué incapacidad te agobia! ¿No es cierto? Sin embargo, sales de tal crisis, porque es una crisis, a manera de árbol recién podado como si te hubieras liberado de una tortura, y esa explosión de primitivo selvático, cada paso a la tranquilidad, que inicia la recuperación, la vuelta de tu “querer ser”, que tanto estimas. Recapacita; no eres el único que padece; tienes obligación de luchar, no de sufrir; el sufrimiento es la pasividad patrimonial de los impotentes, de los conformes; tú ya más has sido ni lo uno ni lo otro.

Tu orgullo, tu soberbia, han sido tu distintivo para huir de la vulgaridad. ¿De qué te quejas, pues? ¿Te has vuelto tan ególatra como para suponerte el único hombre sobre la Tierra? Eres, “a contrario sensu”, como un personaje cualquiera elevado por la adulación y el buen éxito pasajero, que se insufla de vanidad y se supone el eje del Universo. Aparta de ti ese candor; a tu edad, incurres en la ridiculez, que tanto has temido hasta ahora; porque si realizas la determinación que te trajo aquí, cometerás la mayor ridiculez que es dable a un hombre cometer.

Ya Roberto no sentía dormir muy tranquilo; comprendió lo vergonzoso de su actitud y se propuso despertar, trató de defenderse, pero la recriminación pesó más que su esfuerzo y volvió a apoderarse de él. Otro cambio de posición y la voz volvió a la carga:

—Advierto que estás avergonzado; yo no esperaba que reaccionaras de otra manera. Si fueras un vulgar no me habría molestado en visitarte, mucho menos en tejer

el sermón que estás escuchando. No es mi deseo mortificarte, sino ayudarte para que continúes luchando; no para que tu “querer ser” llegue a dominar por completo a tu “ser”; esto no sucederá nunca; para que alejes a éste cada vez más de ti mismo. Reconozco que estás cansado, pero no derrotado; no hay derrota posible contra el hombre mientras su conciencia le sostiene. Hay paréntesis que estimulan, revitalizan, no destruyen; nunca son tan fuertes como para obligar a la huida, que no es huir de este mundo, sino de uno mismo. Ahí radica lo vergonzoso del suicidio, que muchos califican de acto de valor; lo es contra el suicida mismo, no contra la vida; frente a ésta es cobardía imperdonable. Al suicida le es fácil abatir su propio problema; pero le faltan energías para luchar dentro de la sociedad, de ahí la cobardía de su actitud. Escoge, pues, entre lo que tienes a la mano: ser, o querer ser. ¿Aún no me identificas? Yo soy tu “querer ser”; fiel a tu aspiración, que me dio forma, he venido una vez más en tu ayuda. No te exijo que me escuches, tú sabrás bien a bien lo que te conviene, después de tantos años. . .

Roberto despertó; la vida le llegaba por el balcón; la sombra comenzaba a recostarse en los rincones del cuarto. El se incorporó, tomó el frasco de cápsulas y lo vació en la taza del inodoro; con su cartera bajo del brazo y haciendo añicos el recado entre sus dedos, bajó la escalera del hotel. Salió a la calle; la ciudad ya estaba cobijada por la noche; se detuvo un instante en la banqueta; un sí es no es indeciso, trataba de fijar en su pensamiento algo concreto, pues aún no salía completamente de la confusión originada por su idea del suicidio y el sueño que lo había frustrado. A las puertas de la serenidad, se alegró de que no fuera muy tarde; su familia jamás sabría nada acerca de su intento. ya era suficiente con que esposa e hijos estuvieran sufriendo sus mismas angustias. En el instante en que decidía tomar su automóvil para ir a su hogar, un voceador de periódicos pasó corriendo y le pisó un pie.

Despertó: era su esposa que trataba de arrimar una mesita a la silla donde él se encontraba y ofrecerle una taza de café.

23

—Dormiste un rato largo allí sentado, dijo la señora.

—No tengo idea de la hora, respondió Roberto.

—Toma este café, ya no tardará la cena.

Roberto se reacomodó en la silla y metió la mano en la bolsa en busca de cigarros para acompañar el café. Se sorprendió al sentir un frasco pequeño, que él no recordaba tener consigo. Lo extrajo: estaba vacío y, por sus marbetes, había contenido barbitúricos. Recordó su sueño y se alarmó, pero sin exteriorizarlo, para no enterar a su familia: volvió el frasco a la bolsa, tomó rápidamente el café y dijo a su esposa:

—Ahora vengo, voy a comprar cigarros.

Tomó el automóvil y se dirigió al hotel donde recordaba haber estado durante su sueño; era un hotel cuya ubicación conocía. En el trayecto procuró estar tran-

quilo, no obstante la gran intriga que le producía el fenómeno raro que había vivido más allá de su conciencia; su objetivo era llegar, no quedarse en el camino a causa de un accidente. Entró, ahora sí con rapidez, y dijo al administrador del establecimiento:

—¿Tiene usted la bondad de permitirme entrar en el cuarto número diez? Necesito recoger unas cosas.

—¿En el cuarto número diez? No recuerdo haberlo alquilado en las últimas cuarenta y ocho horas; usted ha de estar equivocado, nunca ha sido huésped nuestro.

El hotelero hablaba con la cortesía propia de su cargo, pero Roberto insistió:

—Yo le suplico que me acompañe, si usted tiene inconveniente en que suba solo. Me urge entrar en ese cuarto.

21

—Lo acompañaré, señor.

Subieron; Roberto por delante, impelido por la prisa nerviosa de su curiosidad. El administrador tras él, acompañada la ascensión por la costumbre. Entraron en el cuarto y Roberto se dirigió al buró; allí, una sobre otra, estaban la caja de cerillos y la de cigarros. Las tomó con naturalidad aparente y se las echó en la bolsa del saco.

—Muchas gracias, señor, dijo al hotelero, y se dirigió hacia la puerta.

El empleado era presa del asombro, mas sin demostrarlo, y le preguntó mientras bajaban al par la escalera:

—¿Podría yo saber cuándo olvidó usted en esta pieza esos cigarros y cerillos que parecen importarle tanto?

—Hace algunas horas, o algunos minutos, no recuerdo bien.

Sueño Número Tres

Hemos de conceder, porque es un hecho comprobado desde hace algunos días, que para soñar no es necesario estar durmiendo. Por esto no debe dudar el lector de que este relato es un sueño, absolutamente un sueño; porque si a un hombre de bien, como soy yo, le sucedieren tales cosas —como las que adelante se verán— en un momento dado de la vida real, acaso llegare a pensar en el suicidio, camino muchas veces lógico para huir del ridículo.

Era una sala de exposiciones artísticas; multitud heterogénea de visitantes; curiosos, zalameros, profesionales del ramo, aventureros traspasados, críticos, muchachas

25

y señoras hermosas exponiendo por conducto de pieles, anillos, brazaletes, collares, el poder crematístico de sus padres y sus maridos; todo lo acostumbrado en estos acontecimientos se entremezclaba en medio del humo de los cigarrillos, el olor del wiski barato y el vaivén de las conversaciones.

Yo, muy poco amante de constituirme en uno de tantos, hice lo de siempre: en primer lugar, observar la concurrencia; después, ver detenidamente la obra expuesta y conocer a su autor.

Fuera de dos o tres personas que no había visto antes, todas las otras caras y fachas me eran familiares, aunque poco sabía de sus propietarios. Aquel barbón rubicundo, de pantalones oscuros, como tubos arrugados, curtidos por la mugre característica de su propietario, era el "gran pintor" que había recorrido Europa sin ser comprendido; desde su nórdica tierra de origen, hasta el tacón de Italia y del Cáucaso a Madrid, los públicos carecían de la sen-

sibilidad requerida para comprender "su mensaje". Ahora andaba en América, donde esperaba, cuando menos, encontrar alguien con el talento suficiente para permitirle pagar la renta y comer durante el día algo más que la botana de una exposición.

Ahí estaba también la señora doña Marcolfa Tres Guerras y Puentes Bajos, Marquesa de Torrallardona y heredera de catorce títulos nobiliarios más, luciendo, como siempre, la finísima piel que su ilustre abuela paterna importó de Rusia para las fiestas del Centenario. Conversaba la rancia señora con don Romualdo Zingalejo, Fernández de Escobar y Pellitero, descendiente directo de los condes que fueron de la Alameda Enlutada.

Un violinista retirado hacía tiempo de los escenarios, porque un "infame complot de envidiosos oficiales" le había orillado a empeñar su "Stradivarius"; un poeta a quien la crítica le apuntaba el mejor de los porvenires, siempre y cuando "se encontrara a sí mismo"; un grupo

de "propulsores de las reivindicaciones y las libertades humanas", treinta o cuarenta admiradores de "cultura y erudición extraordinarias", más las consabidas "estrellitas del cine nacional" que se toman fotografías de espaldas a los trabajos en exposición, para dar a conocer su "cultura" en las páginas de "sociales", constituían, como siempre, la concurrencia.

Volví la atención a la obra. Recorrí el salón, como siempre lo hago, cuidadosa, atentamente, observando en cada cuadro el conjunto de factores, los detalles, el ritmo, la armonía, el movimiento que el artista imprime en sus actitudes creadoras; la forma de expresarse, su capacidad de dibujante, si la tiene; su técnica al aplicar y combinar los colores, en fin, todo lo que el crítico debe observar antes de emitir su juicio.

El primer cuadro llamó singularmente mi atención y hube de detenerme frente a él más de lo acostumbrado; la expresión era bastante rara, el colorido más aún; por

tenue, resbalado de manera informe, aparentaba ser producto de un pincel que se hubiese dejado llevar más por las leyes de la gravedad, que por un plan determinado cuya realización obedeciera al trazo firme de líneas e imágenes participantes de un conjunto perseguido, objeto final del trabajo. Me acerqué algo más y tenté el material; no era tela, ni mazonite, ni madera; quedé, realmente, sorprendido: era un trozo de yeso montado perfectamente en su marco.

Fui hacia el próximo cuadro; la misma técnica, el mismo material. Ahora contemplé las figuras, y eran otras, aunque trazadas con igual capricho que las del trabajo anterior; pero los colores no variaban. Y así, de cuadro en cuadro y de sorpresa en sorpresa, fui advirtiendo cierta uniformidad cromática, pero una variedad infinita de recursos figurativos de la expresión sensible del pintor. ¿Qué era aquéllo? Indudablemente una "búsqueda", y a fuerza de buscar, algo nuevo; que el "crítico" prologuista del catálogo no había encontrado, a fuer de rutinario

de su "profesión"; acaso aquélla había sido la enésima presentación que se le encomendase, y había salido del apuro con los mismos lugares comunes en que se apoyó para las demás.

En cambio, yo sí pretendí haber encontrado algo, de lo cual me vanagloriaba en silencio protector de la exclusividad del juicio que luego habría de exteriorizar en mi periódico. En tales condiciones, acudí a conocer al artista; era un hombre maduro, acusaba más de los cuarenta años; estaba recibiendo felicitaciones y arrumacos de profanos, simuladores y audaces, por medio de frases hechas y resobadas; me presenté a él con la sencillez debida, le expresé mis parabienes y mi deseo de que pronto llegara su consagración y me despedí cortésmente.

Ya en la calle, comencé a meditar en serio sobre lo que había visto; aquéllo, en justicia, merecía una información profesional, sin literaturas ni circunloquios destinados a llenar espacio. Había que tratar el tema toman-

do muy en cuenta sus propios merecimientos; ¡nada de favorecer al artista nobel para hacerle ambiente! Decir la verdad y sólo la verdad, bastaría para que el lector se diera cuenta de que en México acababa de surgir todo un señor maestro de la pintura.

Aunque ya un poco avanzada la hora —más de la media noche—, no quise dejar la factura del artículo para el día siguiente, temeroso de que el impulso se desvaneciera con desventaja de su calidad y, más aún, del propio artista. Me senté frente a esta máquina y escribí:

“La estética, como ciencia del Espíritu, ciencia del Hombre, interpretativa por excelencia, está eternamente sujeta a los vaivenes de la expresión artística en todas las latitudes. No es posible, no lo ha sido nunca, sentar reglas generales a las manifestaciones del sentimiento engendrado por una experiencia sensible. La argumentación sobre lo bello ha debido ser diferente en Aristóteles, que en Santo Tomás de Aquino; en Goethe, que en Höl-

derling o Lessing. Y es que la contemplación de la belleza sugiere esencia y formas distintas de juicio en razón directa de la época en que una y otras se emiten. No debe olvidarse que el grado de desarrollo cerebral no es el mismo en Buda, que en Miguel Angel; tampoco es igual en Cervantes que en Tolstoy. Esto, más que otro factor, rige primigenio en la emisión del juicio estético; y agreguemos el ambiente, constituido por las conquistas técnicas, la organización económica, la amplitud geográfica, la inquietud social, lo que, en fin, integra una etapa en la Historia, para encontrar las razones de toda diferencia en el tiempo. ¿Dónde encontraremos las normas de la Estética que afirmen su calidad permanente para basamentarla como una ciencia? ¿Es posible afirmar que las matemáticas interventoras en los frescos de la Capilla Sixtina y en el cubismo de Picasso alientan la anarquía formal de la Escuela de París?

“Quede aquí esta digresión; no para desafiar a polémica a los tratadistas de la materia, mas para apoyar mi

juicio sobre la obra pictórica de Baudelio Villafuerte, artista que ha aparecido por primera vez ante el público con una obra conjunta de merecimiento singular. No hay allí matemática en la proporción, porque la proporción no existe. Lo que hay es un genio; recursos inesperados, opuestos a la elaboración y retorcimiento que han distinguido en los últimos 20 años a la mayoría de quienes buscan sólo en los colores su medio adecuado de expresión.

“La pintura de Baudelio Villafuerte es un asomo constante de sinceridad, de espontaneidad y, por tanto, de sencillez; en ninguno de sus cuadros se advierten resultados de esos largos momentos de meditación que por exhibicionismo se atribuyen algunos “genios”, o les atribuye el favor del amigo “crítico” en un afán de encontrar mercado para sus engendros. Baudelio Villafuerte da la impresión de haber tomado el pincel en el momento preciso de la sugerencia interior, haberlo mojado en sus colores predilectos, para dejarlo correr sólo guiado por un sentimiento sin reglas, sin números, pero sujeto a un

torrente creador de formas que se entrecruzan, se desvanecen y resurgen en una aparente desarmonía que, a la postre, como antítesis de lo que han venido aparentando ser, estructuran la más hermosa de las armonías formales y cromáticas.

“Y no hay multiplicidad de factores constitutivos de esta última: café y gris, tenues ambos, se mezclan en combinaciones insospechadas, ocultas hasta ahora para todos quienes ocurrieron al color para expresar sus emociones. De Miguel Angel a Renoir y de Gauguin a Rivera, nadie había siquiera supuesto la existencia de tantos recursos en una síntesis cromática según la encontramos en Baudelio Villafuerte. Los grises se abren paso a puñaladas —esta frase me parece copiada de alguien; es hueca, pero suena muy valiente, como de charro de cinematógrafo— para erguir su energía aureolados por más de veinte tonos de café genialmente combinados por una sinceridad rutilante en cada ángulo de cada trabajo.

“Hay otra innovación, que acaso pronto veamos difundida por el espíritu imitativo de la condición humana; el material básico usado para la expresión pictórica es algo original, el bloque de yeso. No quise preguntar al artista la razón de su preferencia por el yeso, temeroso de oír una historia elaborada por la fantasía, contradictoria de la espontaneidad descubierta en los demás factores de la obra. Pero es indudable que en todo hay un afán de ser diferente, de sentar una base definitiva de la distinción, para romper los moldes de una farsa artística que, a fuer de inteligentemente comercializada, sigue el camino monetario que conduce a la consagración en la bolsa de valores económicos, reñidos secularmente con los otros, donde el hombre halla el estado de ánimo perfecto para escapar de las pasiones insanas, del egoísmo y todo lo que se opone actualmente a las bondades del espíritu.

“La pintura de Villafuerte no es figurativa, ni abstracta, ni simbolista; él no ha buscado alineamiento den-

tro de grupo alguno contemporáneo, ni mucho menos ser gonfalon del renacimiento de lo caducado; su pintura es **su pintura**, de nadie más antes de él; por lo contrario, estamos seguros de que no tardará mucho y comenzarán a salir alumnos de esta nueva escuela que ahora tenemos a la vista. Y el ejemplo irá ampliándose; hoy, fuera del horizonte de los grupos; mañana, allende los ámbitos nacionales; más tarde, en todas las áreas artísticas del Mundo.

“No incurriré en los lugares comunes del crítico a destajo, nunca me lo he permitido; de ahí que no augure porvenir brillante a Villafuerte “para cuando se encuentre a sí mismo”; porque él se encontró desde el primer intento; ha sido, aún para sí, una revelación. No hay nada más que afirmar, porque la verdad es única, indiscutible: Baudelio Villafurete ha triunfado como pintor; es un pintor; dicho así, sin “dotorerías”.

No quise leer lo que había escrito; pero me sentí sa-

tisfecho; no porque pretendiera haber alumbrado una reseña genial, sino porque había dicho la verdad. Al día siguiente revisaría el trabajo y, de ser necesario, corregiría lo que pidiera o exigiera corrección.

Leí el artículo y vi que no estaba mal, que era algo muy diferente de todo lo que había escrito sobre la materia desde algunos años atrás. No dejé de advertir, por supuesto, que la diferencia estaba en el tema; las exposiciones de pintura, por lo general, dan lugar a comentarios de rutina, fuera de los dos o tres párrafos que se dedican al estímulo del artista. Bien sabido es que en nuestro medio la crítica obedece más al deseo de no herir con la verdad, que a decir ésta con la sana intención de no engatuzar al artista, que es la forma leal de mostrarle la realidad en que está ubicado y evitarle que se atenga a un valor falso que, a la postre, le hace daño. Elogiar por amistad, por conveniencia o por cobardía civil que mantiene al crítico bienquisto de todos, no es propio de una actividad intelectual honrada, sino de cor-

tesanía. Yo he tratado de ser distinto, de hablar siempre con honradez, pero muchas veces he tenido que seguir la abrumadora corriente de la mayoría de mis colegas, entre los que, de seguir con rigidez el dictado de mi conciencia, encontraría mi Sanhedrín con una muchedumbre de pseudoartistas improvisados de centuriones.

Ahora podía explayarme en el elogio; estaba apoyado en una realidad incontrovertible. Así lo comprendí, con lo cual me sentí orgulloso. Sin embargo, dudé antes de llevar el artículo al periódico; me pareció que debía decir algo más del pintor; su escuela, sus planes, todos aquellos detalles menores que, en conjunto, dan al lector, al profesional o al aficionado, la idea de un ambiente en torno del artista y su obra.

Acudí a la casa de Villafuerte; me recibió con la amable sencillez que la noche anterior había yo descubierto en su trato. Después de unas frases sin importancia, le dije:

—Señor Villafuerte: por la forma en que me ha recibido, parece que recuerda usted nuestro breve intercambio de anoche en la galería de pintura.

—Sí, lo recuerdo —repuso con una sonrisa de cortesía.

—Quiero mostrar a usted el artículo que escribí con base en su obra, para que se sirva decirme si no hay en él expresiones ajenas a la verdadera realidad de su arte; yo no he querido inventar nada, porque en lo que de usted vi no hay nada que inventar; con decir la verdad basta.

Villafuerte tomó las hojas y comenzó a leer: de vez en cuando levantaba discretamente las cejas, o aflojaba los labios para dejarlos expresar una sonrisa levísima; pero su mirada permanecía fija, inalterable, adherida al papel. Cuando terminó, me devolvió la crónica con la misma suavidad con que la había tomado y me dijo:

32

—Muy bien, señor periodista; se ve que usted conoce bien de estos achaques. ¿Cuánto me costará?

—¿Le costará qué? —Repuse un poco molesto. Yo no cobro a nadie mis crónicas, sino al periódico donde trabajo.

—Y yo no estoy pensando que usted me cobre a mí ni al periódico. La pregunta fue para saber cuánto debo pagarle por no publicar su trabajo.

—Tampoco acostumbro hacer tales negocios.

—Pues usted no lo hará en esta ocasión como negocio, pero como una forma de no perder el tiempo que ocupó en escribir ese artículo. Si usted lo publica, tarde o temprano habrá quién se ría de todas las mentiras que ahí ha puesto.

—¿Mentiras? ¿Por qué?

—Porque yo no soy pintor, ni manejo el pincel como usted dice, ni tengo ninguna sensibilidad ni cosa que se le parezca. Mire; voy a ser sincero con usted, para evitarle el ridículo frente a sus lectores y a los que habrán de carcajearse dentro de poco de cuanto digan los otros críticos.

Tomé aire ante tamaña confesión, que, por supuesto, no esperaba. Recuperado, proseguí el diálogo:

—¿Que usted no pintó los cuadros de una exposición donde fue el autor y el anfitrión anoche?

—Yo no pinté nada, señor mío. Lo que usted vio es una pared de yeso con varios meses de humedad. Yo desprendí las secciones con cuidado y las monté como si se tratara de obras de arte; que lo son, no lo niego, pero no de arte humano, sino de lo que podríamos llamar, en afán de afirmar que no sólo el hombre tiene facultad de creación artística, “arte hidráulico”; porque todas las

33

obras que vieron anoche usted y los demás visitantes de “mi exposición”, fueron “magistralmente” realizadas por el agua escapada de una tubería del departamento vecino al mío; más exactamente, de la cocina del departamento.

—¡No puede ser posible! —Casi grité—. Entonces, ¿todo mundo fue engañado?

—Todos, mi respetable amigo, todos. Esto es, “mi exposición” fue un éxito sin precedentes; obtuve lo que fui buscando con ella: comprobar que actualmente hay tanto aventurero entre los artistas, como entre quienes les “consagran” con sus encomios y exageraciones en la prensa. Siento que usted haya sido uno de ellos, sin merecerlo.

—¿Y por qué me descubre así, tan cínicamente, su añagaza?

Porque usted fue lo suficientemente sincero como para venir a mostrarme su crónica, que, creo, no es su

costumbre; de no haber sido así, se habría quedado como los demás, de quienes usted y yo nos reiremos a todo vapor durante algunos días a partir de hoy o de mañana, según vayan saliendo sus "autorizadas críticas".

—Pero... pero... ¿habla usted en serio?

—Yo siempre hablo en serio. Con mi seriedad he deseado pagar a usted su acto bondadoso de venir a mi casa. Como verá, soy un hombre honrado al que, de vez en cuando, le gusta divertirse; pero no con vulgaridades manifiestas, diáfanas ante todas las miradas, sino con las que se ocultan tras la ostentación de una cultura falseada por intereses de grupos dañinos a la sociedad; por las conveniencias "sociales" que navegan en las mentes de audaces de la cultura, que a cambio de un coctel, tres empanadas y un abrazo, ponen a cualquier badulaque por encima de las barbas de Miguel Ángel o perdonándole la vida a Cervantes.

34

—Mucha razón hay en eso.

—Y espero que no solamente usted lo conceda. A ver qué "movimiento" surge ahora. No crea que se me escapa la posibilidad de que, en vez de reír o condenar mi triquiñuela, asome por ahí la nariz alguien que un día de éstos me llame el fundador del "humedismo", y una caterva de bellacos se lance a seguir mi "escuela".

No sé cuánto tiempo después me dí cuenta de que andaba sin rumbo en la calle; algo sonámbulo, con las cuartillas estrujadas entre los dedos.

Y...

ES UN DICCIONARIO INSUFICIENTE. HABLA DE LA TROMPA DEL ELEFANTE, LA TROMPA DEL TAPIR, LA TROMPA DE LA MARIPOSA, LA TROMPA DE CAZA, LA TROMPA DE EUSTAQUIO, ¿Y LA TROMPA DE HULE?

AL ARBOL CAIDO NO LE DOLIO TANTO QUE LO CONVIRTIERAN EN LEÑA, PERO NO HABER PODIDO AVERIGUAR QUIEN LE METIO LA ZANCADILLA.

NUNCA SE SACO UNA LOTERIA, NUNCA GANO UNA APUESTA. ERA EL APOSTOL TRECE.

DIJO ALI:
LOS TABASQUEÑOS SON MUY VALIENTES, PERO NINGUNO SE HA ATREVIDO A SUBIRSE A LAS BARBAS DEL CHIVO QUE PEGO UN REPARO.

NO FUE POSIBLE SATISFACER A LA NUEVA RICA
CUANDO PRESENTO A SU HIJA EN SOCIEDAD: LA
ORQUESTA NO SABIA LA DANZA DE LOS MILLO-
NES.

CON ESO DE LA DISCRIMINACION RACIAL, TITO,
PARA PODER VENDERLA, HUBO DE PINTAR DE
BLANCO LA OVEJA NEGRA.

DIJO EL PSIQUIATRA QUE, EN VISTA DE SU PELIGROSIDAD, NO HABIA MAS REMEDIO QUE ENCERRAR EN EL MANICOMIO A FEBRERO Y MARZO.

LOS DIARIOS INFORMARON A OCHO COLUMNAS: "NO FALTARA EL AGUA; YA ESTAN ENTUBANDO LA GOTA GORDA".

**ES PURO CUENTO. VILLADIEGO ANDUVO DESCAL-
ZO TODA SU VIDA.**

**PARECE MENTIRA, PERO AUN NO SE RESUELVE
EL POBLANO A SEPARARSE DEL MONO Y EL PE-
RICO.**

EN TURQUIA DICEN “TOMAR A UNO DE CABEZA
DE YUCATECO”.

ES UN DELITO ESPECULAR CON LOS ALIMENTOS,
PERO ACAPARAR COSECHAS DE TEMPESTADES...

EL DRENAJE PROFUNDO SERA INSUFICIENTE
CUANDO TIREN TODA LA EXISTENCIA DE MALA
LECHE.

DIJO EL JUEZ:
—QUINCE DIAS O QUINIENTOS PESOS, POR HA-
BERLE PEGADO AL GORDO.

¿JUAN DOMINGUEZ? ¡ES UN DON NADIE!

44

**LA MERA VERDAD: LOS MEXICANOS SOMOS MAS
DEVOTOS DE SAN LUNES QUE DE LA VIRGEN DE
GUADALUPE.**

SI SE CUMPLEN LAS PREDICCIONES DE QUE NO
HABRA ALIMENTOS SUFICIENTES EN EL AÑO
2000,PUES NOS COMEREMOS LA MANZANA DE LA
DISCORDIA.

ALFONSO SUFRE MUCHO PORQUE NADIE LE
ECHA NI UN LAZO DE COCHINO.

UN HOMBRE MUY DIGNO, PERO EN APUROS. LA-
VO LA HONRA CON SANGRE Y AHORA NO SABE
COMO DESMANCHARLA.

EPITAFIO:

LO OBLIGARON A TRAGARSE SUS PALABRAS.
AQUI DESCANSA EN PAZ... POR INDIGESTION.

HUBO UN TIEMPO EN QUE LOS POETAS VIVIAN
COMO DIOS... DE MILAGRO.

47

NUNCA FALTA UN BEDUINO QUE SE META ENTRE
LAS PATAS DE LOS CAMELLOS.

**CLARO, CON TANTO DINERO, SE COMPRO UN
ABRIGO DE PIEL DE JUDAS.**

**SIGA MI CONSEJO. EN TIEMPO DE CRISIS LO ME-
JOR ES RESERVAR LOS PECES GORDOS PARA LA
EPOCA DE LAS VACAS FLACAS.**

INDUDABLEMENTE LA CARACTERIZA UNA GRAN DISCRECION. ESA GORDA NUNCA HA DICHO POR QUE SE ARMA EN TODAS PARTES.

PARA QUE NO SE LE ESCAPE, PONGA EN UNA JAULA AL PAJARO EN MANO.

MI AMIGO EFRAIN GANO LA MEDALLA DE LA PERSEVERANCIA: LE ENCONTRO LOS CINCO PIES AL GATO.

SADOT NO DESPERDICIA LOS COMPASES DE ESPERA; HACE CON ELLOS CIRCULOS VICIOSOS.

NO ME EXPLICO COMO EN ESTE SIGLO DE LA
TECNICA NADIE HA PUESTO UNA FABRICA DE
PUNTOS PARA LAS IES.

PIENSO QUE SERIA BUEN NEGOCIO GRABAR Y
VENDER DISCOS CON LAS MELODIAS DEL BURRO
QUE TOCO LA FLAUTA.

EN ESTA EPOCA DE ESCASEZ DE ALIMENTOS
PODEMOS CORTARLE FRUTOS A LA QUE SE QUE-
DO PLANTADA.

AL HOMBRE LE FALTA IMAGINACION. EL ORO
SUBE Y SUBE. PERO LOS HUEVOS DE ESA GALLI-
NA NO SALEN TODAVIA AL MERCADO DE CAM-
BIOS.

NO ADIMITIERON EN LA ORQUESTA AL QUE CHIFLO EN LA LOMA, POR DESENTONADO.

BUENO; PARA HUIR DE LA CONTAMINACION NO HAY COMO CAMBIARSE A UNA COLONIA DE CASTILLOS EN EL AIRE.

**GRAN DEVOCION LA DE MI TIA. VINO AL MUNDO
PARA CONSOLAR AL TRISTE Y DAR DE COMER AL
PERRO DEL CARNICERO.**

**EN SU TIEMPO, DON JUAN TENORIO SACO EL MA-
YOR NUMERO DE COPIAS DEL PECADO ORIGINAL.**

¡PERO QUE MANERA DE PERDER EL TIEMPO! SO-
LO A MIGUEL SE LE OCURRE ORDEÑAR LA VACA
QUE NO DA LECHE.

NUESTRAS AUTORIDADES SON TAN APATICAS,
QUE AUN NO MANDAN A TAPAR LAS GOTERAS DE
LA CIUDAD.

Editorial Regina de los Angeles, S. A.
México, D. F.,

1976

ict

SEP

RED ESTATAL DE BIBLIOTECAS
PUBLICAS DE TABASCO



REB/018

NT:21697